



Todo un Testimonio

«Era un día de boda, estábamos todos contentos y con ganas de fiesta, porque pocas veces nos invitaban.

Los novios estaban felices y, cómo no, muy nerviosos. Los padres no paraban de atender a los invitados para que no faltara de nada: *dulces, vino, dátiles, más vino, aceitunas, buen queso y todavía más vino...*

Todos sabíamos que era una familia pobre y que tantos invitados y tanta generosidad suponía mucho para ellos. Pero en días como éste... ¡¡no puede faltar de nada!! Lo importante es la alegría.

En un momento en que estábamos riendo por los chistes de un abuelillo del pueblo, María, la madre de Jesús, se acercó sería donde su hijo.

«Ven, corre», le dijo, «*los pobres se han quedado sin vino*»

Nos quedamos sin habla. Miramos nuestras jarras. Estaban casi vacías. Sabíamos que en cuanto se acabaran... si no había más vino, se acabaría la fiesta y cada uno tendría que volver de nuevo a casa.

Jesús se hizo el remolón. Al principio no parecía preocuparle la situación, ni se inmutaba. Se limitaba a mirarnos: a nosotros y a su madre.

Su madre insistió: «*Jesús, son gente humilde, es un día especial para ellos, esta fiesta no puede acabar así*».

Entonces Jesús dejó su jarra, nos dejó un momento y fue hacia la entrada de la casa con los criados. Al momento volvió. Nosotros ya estábamos hablando de otras cosas. Sin darnos cuenta, seguimos llenando nuestras jarras de vino. Por lo visto, no se había acabado. Bueno, para ser sinceros, algo sí que notamos. El vino que nos ofrecieron era mucho mejor que el primero (*y eso, en una fiesta, es de agradecer*).

¿De dónde sacó esa familia tan humilde un vino tan bueno? ¿Tuvo Jesús algo que ver? ¿O fue María? Menos mal que la madre de Jesús estuvo atenta. De lo contrario, la fiesta y la alegría se habrían acabado muy pronto. Pero eso no pasó y en esa boda la alegría y la fiesta duraron todo el día y toda la noche.



Estemos también nosotros atentos a las necesidades de nuestros compañeros, profesores y padres.

